

La Voz de los Maestros del Buen Decir

Por Edmundo Concha

HAY muchas personas que tienen un rico mundo interior—ideas, fantasías, emociones—y también otro mundo, no menos rico en dificultades, para comunicarlo. Preguntan entonces qué deben hacer. Rigurosamente habría que contestarles que nada...

Ya lo aclaró Buffón en el siglo XVIII: "El estilo es el hombre". O sea, cada cual. Por tanto, cualquiera receta que provenga de otro, difícilmente resulte. Hay talleres literarios, donde suele borrarse la línea divisoria entre la artesanía y el arte, y hay asimismo manuales con recomendaciones puntuales. Alguien debe ayudar, pero menos de lo que se supone. Y acaso peor sea no pasar por sí.

En respuesta al desafío virgíneo de la carilla en blanco, cada escritor o poeta parece que tiene que batirse a solas, cada manera de apuntarle a la fama. Fedor Dostoiévski, de tan instintiva sabiduría, puntualiza en su diario: "La preocupación por la estética es ya una demostración de impotencia expresiva".

Es posible que una buena vía para el aprendizaje sea la por osmosis. Una cuestión de atmósfera. Buscar un aire literario. Por ejemplo, una biblioteca es sin duda más estimulante que otros espacios; también la charla con críticos, autores y dilettantes; y no menos la lectura de los mejores y de los peores escritores. Todo eso difunde que va soltando la muñeca.

Hay grandes autores que, sobre este terreno, son fertilizantes. Los ha habido en todas las épocas y cada uno de ellos ha dejado una luz encendida en el camino de perfección de la escritura.

Por ejemplo, Horacio (106-43 a.C.), el poeta y portentoso orador romano, en su "Epístola a los Pisones", entrega, entre otras sugerencias, las que siguen:

"Elegid, escritores, una materia igual a vuestras fuerzas y sopead despacio si la pueden llevar o la rebuñan vuestras hombros. Quien eligió un tema leve, no le abandonará en ningún momento ni copiosa recunda ni orden lúcido".

"Seas cauto en sembrar vocablos nuevos; merecerás loor egregio si con hábil juntura das novedad a una palabra vieja".

"En la escena los hechos se narran o bien se representan. Más flojamente impresionan los ánimos las cosas que penetran por los oídos, que lo que discurre bajo los ojos fieles y que el espectador astutiga por sí mismo".

"Se ha discutido si es el arte o la naturaleza lo que hacía un poema bueno. Yo no ve qué aprovecha el estudioso sin una vena rica, ni un ingenio sin cultivo; de tal manera el uno y el otro se prestan ayuda y se conllevan amistosamente".

Otro autor que sólo dio pertinencias, la Bruyère (1605-96), el estilista que brilló menos que el Rey Sol, quien lo cobijó en Versailles. Sus retratos de personajes y ambientes de ese tiempo son medallones clásicos. A continuación van algunas de sus indicaciones, extraídas de su libro "Los Caracteres":

"Cuántos siglos han pasado antes que los hombres hayan vuelto en las ciencias y las artes al gusto de los antiguos, adoptando al fin la sencillez y naturalidad".

"Se debe procurar únicamente pensar y hablar con precisión, no tratando de imponer a los demás nuestro gusto y nuestros sentimientos. Sería una empresa demasiado ardua".



Antonio Machado.



Hernán Díaz Arrieta.



Rainer Maria Rilke.

"Abundancia de epítetos, pobres alabanzas. Los hechos son los que hablan y la manera de referirlos".

"El buen autor que escribe con cuidado, observa muchas veces que la expresión buscada mucho tiempo en vano, al encontrarla al fin es la más sencilla, la más natural, la que tendría que brotar sin esfuerzo".

"El que no atiende al escribir más que al gusto de su tiempo, ese piensa más en sí mismo que en sus obras. Se debe tender a la perfección, y la justicia que niegan los contemporáneos la entregará la posteridad".

El poeta alemán Rainer Maria Rilke (1875-1926), autor para minorías, conoce como pocos los bastidores de la poesía, según se desprende de este pasaje de su volumen "Los Cuadernos de Malte Laurids Briggs":

"Los versos significan tan poco cuando se han escrito en la juventud. Se debería esperar y saquear toda una vida, a ser posible una larga vida; y después, por fin, más tarde, quizá se sabrían escribir diez líneas que serían buenas. Pues los versos no son, como creen algunos, sentimientos. Son experiencias. Para escribir un solo verso, es necesario haber conocido muchas ciudades, hombres y cosas; hace falta conocer a los animales, hay que sentir cómo vuelan los pájaros y saber qué movimiento hacen las floritas al abrirse por la

mañana. Es necesario poder pensar en caminos de regiones desconocidas, en encuentros inesperados, en despedidas que hacía tiempo se veían llegar; en días de infancia cuyo misterio no está aún aclarado. Y tampoco basta tener recuerdos. Es necesario saber olvidarlos cuando son muchos. Hasta que no se convierten en nosotros, sangre, mirada, gesto, hasta entonces no puede suceder que en una hora muy rara, del centro de ellos se eleve la primera palabra de un verso válido..."

La fama de poeta de Antonio Machado (1875-1939) ha dejado en segundo plano su prosa ejemplar, lucida especialmente en su libro "Juan de Mairena", ese profesor de retórica; entre otras cosas, enseñaba las siguientes:

"—Señor Pérez, salga usted a la pizarra y escriba: Los eventos consecutivos que acontecen en la rúa.

El alumno escribe lo que se le dicta.

—Vaya usted poniendo eso en lenguaje poético.

El alumno, después de meditar, escribe: Lo que pasa en la calle.

Mairena: No está mal."

"Para decir bien hay que pensar bien, y para pensar bien conviene elegir temas esenciales, que logren por sí mismos captar nuestra atención, estimular nuestro esfuerzo, conmovernos, apasionarnos y hasta sorprendernos."

"Huid del preciosismo literario, que es el mayor enemigo de la originalidad. Pensad que escribís en una lengua madura, repleta de saber popular, que ése fue el barro de donde sacó Cervantes la creación literaria más original de todos los tiempos."

"Es posible que la novela moderna no haya encontrado todavía su forma, la línea firme de su contorno. Es, en general, un género poco definido. En ella, además, son muchos los arrimadores de ladrillos, pocos los arquitectos."

Omisión inexplicable sería no citar unas palabras de Jorge Luis Borges (1899-1986), el irreplicable, el que con su cristalizado don de síntesis reinaugura la eficacia de nuestro idioma.

Dicen así: "Desvario laborioso y empobrecedor el de componer vastos libros; el de explicar en quinientas páginas una idea cuya perfecta exposición oral cabe en pocos minutos. Mejor procedimiento es simular que esos libros ya existen y ofrecer un resumen, un comentario".

Y por último, un chileno, Hernán Díaz Arrieta, "Alonzo" (1891-1984), quien durante 60 años ejerció la crítica literaria, gran parte de ellos en este diario. Un estilista. De su libro "Aprender a escribir", con dos ediciones agotadas, ya van estas epígrafos dorados:

"Muchas veces ocurre que, buscando una palabra para no repetir otra, se encuentra no una palabra sino una idea; o pensando en el modo de equilibrar tal frase, que parece coja, inorgánica, lánguida, se descubre que la razón de su cojera, su desarmonía y languidez está en que la idea carece de base."

"Se debe cultivar el oído para evitar las terminaciones cacofónicas y la acumulación de los períodos ascendentes o descendentes. En seguida, qué tensión y qué atención. No esperar siempre con el sujeto ni siempre con el atributo; que no todos los sustantivos de una frase resulten masculinos o femeninos, plurales o singulares, largos o cortos, concretos o abstractos."

"Con frecuencia pasa más rato buscando la manera de reemplazar un verbo de dos sílabas por otro que diga lo mismo, pero que tenga tres sílabas, porque ahí, en esa frase, necesito tres sílabas y no dos; sólo así puedo seguir, encuentro que se entona la canción y que el período se articula, mientras con dos sílabas, aunque expresen, desde el punto de vista lógico, exactamente lo mismo, la frase no marcha, cae al suelo, se deshace y la música interior, enfadada, guarda silencio."

"Se necesitan, de cuando en cuando, períodos y frases de tal y tal largo, que suban, que bajen, que no se mantengan; después se necesitan líneas de onda corta, intercaladas, con punto aparte, especialmente de "pizicatos" bruscos. ¿Por qué? Porque corresponden al estado de ánimo."

Con todo, ninguna de estas orientaciones para alcanzar la Tierra Prometida del buen decir es decisiva, y alguna puede ser inútil y hasta perjudicial. Hay que tomarlas con beneficio de inventario. Escribir bien, en la mayoría de los casos, es consecuencia menos de una decisión que de una vocación con razón. José Ortega y Gasset, probablemente el observador que "más brillo y esplendor" le ha sacado al idioma, en toda su vasta obra no dejó una sílaba explicando cómo lo lograba.